

LA PIROTECNIA VALENCIANA EN LOS SIGLOS XVII Y XVIII

Luis Manuel Expósito Navarro



FURTTENBACH, Joseph: *Fuegos artificiales en el jardín de Johann Kouhn el 26 de agosto de 1644, 1645*, Museo Nacional Germano, Núremberg.

Desde el instante en el que las primeras armas de fuego llegaron a Valencia, la fascinación por la pólvora y sus efectos: el fuego, la luz y las explosiones, llegaron a calar tanto entre la población que, al cabo del tiempo, no hubo fiesta, religiosa o civil, que no empleara la pólvora como material para producir regocijo entre los asistentes. Luz y sonido, temor y jolgorio, emoción y placer estético son fenómenos inherentes al fuego público y controlado en comunidad. Del mismo

modo, las luminarias, aquellas *caneles*(candelas, velas) que se encendían en las fachadas de caminos, calles y edificios singulares desde tiempo inmemorial, con motivo de fiestas y celebraciones, o los propios cirios que se usan en las procesiones de imágenes religiosas son signos del mismo fenómeno: el dominio del fuego y su uso lúdico-festivo, cívico o religioso. Reflejo y reducto de aquellas luminarias festivas que daban luz a las oscuras calles valencianas es el actual alumbrado eléctrico de las fiestas navideñas, patronales y, sobre todo, las “calles iluminadas” de Fallas. Por otro lado, no hay que olvidar los actuales intentos de recuperación festiva de las luminarias en algunos municipios de España (Pedraza, Mojácar, Guaro...) incluso en la Comunidad Valenciana (Titaguas y sus 14.000 velas, o Burjassot en un recital poético musical reciente en el entorno de Los Silos y la ermita de San Roque)¹.

LUMINARIAS FESTIVAS: la ciudad encendida

La secular tradición del empleo colectivo de luminarias como elemento decorativo para embellecer calles y fachadas de las ciudades alcanzó su máximo esplendor en los siglos XVII y XVIII con motivo de visitas de la realeza, natalicios de infantes o príncipes, éxitos militares de la monarquía, determinadas celebraciones religiosas, etc. En los días previos a esas celebraciones, el Consell emitía unas normas para que se iluminaran, generalmente a costa de los vecinos, las vías públicas al toque de vísperas, de las primeras oraciones tras la puesta del sol. Normalmente programaban dos o tres noches, como por ejemplo, las del 10, 11 y 12 de octubre de 1706 para celebrar la entrada en Valencia del rey Carlos III, el Archiduque de Austria, en plena Guerra de Sucesión. Los jurados exhortaron a los vecinos a que adornaran sus fachadas y encendieran luminarias las tres noches, de tal forma que se realzara la belleza de la arquitectura de edificios civiles y religiosos y, al mismo tiempo, se llenara de luz la ciudad². Algo similar había sucedido meses antes, con motivo de la proclamación como rey de Archiduque el 22 de diciembre de 1705, aunque en esta ocasión no pudieron llevarse a efecto las luminarias por las inclemencias climatológicas, contratiempo que

¹ Recital poético-musical a cargo del poeta Toni Ananda (Antonio García Giménez), Burjassot, 3 de noviembre de 2017.

² Archivo Municipal de Valencia (en lo sucesivo, AMV), *Pregons y crides*, XX-9, ff. 72-73.

sería subsanado poco después por la alegría de la “feliz y dichosa victoria” que logró el ejército austracista contra el borbónico, que tuvo que alzar el sitio de Barcelona, lo cual motivó que Carlos III ordenara a la ciudad de Valencia que realizara demostraciones de entusiasmo, que se convertirían, junto a actos religiosos, en tres noches de luminarias (21, 22 y 23 de mayo de 1706)³. Otras victorias bélicas también fueron celebradas con el mismo alborozo: encender la ciudad. Tal fue el caso de la “feliz toma de los castillos de Lérida por las armas de nuestra católico monarca Phelippe quinto”⁴. La misma importancia se daba a acontecimientos políticos indirectos, como es el caso de la proclamación de obediencia de Zaragoza y su reino (Aragón) al rey Felipe V, cuyo eco en Valencia se plasmó en dos noches de luminarias en junio de 1707⁵. Se constata en estos últimos ejemplos que no se empleó la pólvora para uso recreativo, lo cual es muy lógico en tiempos de guerra, cuando no se debía derrochar ese polvo explosivo y había que reservarlo para las acciones bélicas.

Ahora bien, cosa muy distinta sucedía en tiempos de paz. En 1659, las tres noches de luminarias con motivo de la buena nueva de la canonización de Santo Tomás de Villanueva (1486-1555)⁶, quien fuera durante sus últimos once años de vida arzobispo de Valencia, son un buen ejemplo, pues fueron acompañadas de una gran profusión de fuegos de artificio, como veremos más abajo. Para motivar a la población, los jurados convocaron un concurso con premios a las mejores iluminaciones de fachadas, calles y plazas⁷. Con el mismo fin, en abril de 1659, los miembros del Consell General recibirían de las arcas municipales un total de 827 libras, 10 sueldos “per donar les porcions de tres dies de luminaries als consellers”⁸, y una importante cantidad de *caneles* y *paper* para igual propósito: iluminar los frontales de sus casas las tres noches de los días 10, 11 y 12 de mayo⁹.

En su crónica de estas fiestas, Ortí revela que el exterior de la catedral estaba lleno de luces, en especial, la Obra Nova, la parte de la catedral que edificó el maestro cantero Miquel Porcar, uno de los artífices de Los Silos de Burjassot, entre otras obras

³ AMV, *Pregons y crides*, XX-9, ff. 62v-64v.

⁴ AMV, *Pregons y crides*, XX-9, ff. 109-109v. Fueron dos noches de luminarias, el 17 y el 18 de diciembre de 1707.

⁵ AMV, *Pregons y crides*, XX-9, ff. 85-85v.

⁶ El arzobispo de Valencia Tomás de Villanueva fue canonizado el 1 de noviembre de 1658 por el papa Alejandro VII.

⁷ AMV, *Querns*, B-111, 18-4-1659.

⁸ AMV, *Querns*, B-111, 23-4-1659.

⁹ AMV, *Querns*, B-111: pago “a Benet Molins, verguer, 447 liures, 13 sous., 8 diners per a donar les porcions de caneles y paper” para las luminarias a jurados y oficiales.

municipales. Hallamos en este ejemplo el nexo entre luminarias y pirotecnia, ya que en las galerías arqueadas de la Obra Nova “estaban prevenidas mucha máquinas de fuegos [...] y cerca de las 10 horas de la noche, descubrió la máquina que estaba prevenida lo que tenía oculto dentro de sí misma, esparciendo por el ayre tanta multitud de fuegos, que por una parte causavan error con los estallidos, y truenos, y por otra confusión y admiración a la vista”¹⁰. Había, tanto en esa ocasión como en muchas otras, reñida competición entre los valencianos, “procurando cada uno de por sí aventajarse a los demás, de que resultó ser tan grandiosas las luminarias que toda la ciudad [...] vino a quedar hecha una ascua de oro”. Hasta tal punto la iluminación de las fachadas de algunos edificios era profusa que Serrano, cien años después, cita 2.500 “luces en hachas, blandones y velas” en la iglesia de San Martín, 2.200 luces en Santa Catalina o 7.698 puntos luminosos en la casa de los Valeriola¹¹. Era tal la profusión de puntos de luz que se precisaban sendos recipientes para colocar velas, *caneles*, hachas, que muchas veces eran improvisados: cáscaras de cebolla, melones vaciados, naranjas, nueces, caracoles, ollas, fragmentos de cántaros rotos..., como revela Crehuades¹², porque el efecto lumínico era más importante que su recipiente. Incluso se llegarían a instalar cientos de globos luminosos, a modo de guirnaldas, para iluminar las cúpulas de algunas capillas de monasterios, o que colgaban desde el campanil hasta los tejados próximos, tal como sucedería en el convento de Santa María Magdalena en 1746 con ocasión de la proclamación de Fernando VI¹³, lo cual nos da una idea del enorme afán de la sociedad barroca por la decoración luminosa.

En el siglo XVIII, un nuevo elemento se añade a las luminarias: los espejos que se colocan en lugares estratégicos de las fachadas, lo que permite de día el reflejo los rayos de sol y, de noche, el de las luces ígneas, potenciando los efectos tradicionales de las luminarias y los juegos de luces y sombras, como puede verse en la fachada de la casa de los Valeriola, en la calle del Mar en una lámina de 1755¹⁴. Este empleo de luminarias de forma colectiva en los grandes acontecimientos y festejos urbanos llega

¹⁰ ORTÍ Y BALLESTER, Marco Antonio: *Solemnidad festiva con que en la insigne, leal, noble y coronada ciudad de Valencia se celebró la feliz nueva de la canonización de su milagroso Arzobispo Santo Tomas de Villanueva*, p. 42.

¹¹ SERRANO, Tomás: *Fiestas seculares con que la coronada ciudad de Valencia celebró el feliz cumplimiento del tercer siglo de la canonización de su esclarecido hijo y ángel protector S. Vicente Ferrer. Apóstol de Europa*, Valencia, viuda de Joseph Orga, 1762, pp. 202-203.

¹² CREUHADES, Joan Nicolau: *Solenes y grandiosas Fiestas que la Ciudad de Valencia ha hecho por el nuevo Decreto que la Santidad de Gregorio XV. ha concedido en fauor de la inmaculada Concepcion de Maria*, Valencia, Pere Patrici Mey, 1623, p.116.

¹³ ORTÍ Y MAYOR, José Vicente: *Relacion puntual de las fiestas, con que la fidelísima ciudad de Valencia acreditó nuevamente sus afectuosas demostraciones en la festiva Proclamación de nuestro gran monarca, el señor don Fernando*, Valencia, viuda de Antonio Bordazar, 1746, p. 18.

¹⁴ EXPÓSITO NAVARRO, Luis Manuel: *La ciudad de Valencia a la luz de los grabados de José Vergara y Carlos Francia: urbanismo, fiesta y religiosidad (1754-1762)*, UNED, 2012.

al menos hasta el siglo XIX. Un ejemplo es el uso que se hacía de ellas en las poblaciones valencianas con motivo de la ocupación carlista y la llegada del pretendiente Carlos. Burjassot, ocupado por los carlistas del general Cabrera, recibió con agasajo al pretendiente Carlos V a comienzos de julio de 1837. Otra muestra, anterior en cuatro décadas a la citada, es la “Funcions de les Lluminaries” con motivo de las fiestas con que Valencia celebró la beatificación del arzobispo Juan de Ribera en 1796¹⁵ y, el año siguiente, otras en las que se llegó a experimentar con uno de los primeros globos aerostáticos como máxima expresión del poder de una luminaria¹⁶.

PIROTECNIA RECREATIVA: los fuegos de la alegría barroca

La asociación entre los espectáculos civiles de pólvora y el poder no se inicia en el siglo XVII. No hay más que verificar el itinerario que siguió Felipe II, cuando todavía era príncipe, por distintas ciudades del Imperio entre 1548 y 1549 para darse cuenta de lo avanzada que estaba la pirotecnia a mediados del siglo XVI en España, Italia y Bélgica. El príncipe Felipe es agasajado en su visita a Barcelona con fuegos artificiales, en otros puertos con salvas de artillería desde los castillos, baluartes y galeras, en Milán con una comedia con efectos pirotécnicos, en Trento con un espectacular castillo de fuegos edificado en su plaza, en Bruselas con un lanzamiento pirotécnico desde la torre de San Miguel de la Grand Place, y en Amberes con un monumento efímero en el que Adán y Eva, el manzano y la serpiente, comenzaron a arder y a lanzar cohetes y otros artificios¹⁷.

Casi cuatro décadas después, en 1585, el propio Felipe II fue espectador principal de varias funciones pirotécnicas en Barcelona, donde contempló un “dragón echando llama y humo”, fuego de artillería entre las galeras en el puerto y diversos castillos de fuegos artificiales dirigidos por un ingeniero del duque de Saboya. En el mismo viaje, meses después, ya en Valencia, Felipe II contempló en la plaza del Mercado una batalla naval entre galeras movidas mediante

¹⁵ ESTEVAN I CERVERA, Miquel: *Rahonament entre Gori, llaurador de Burjasót, y Polseretes, de Benimamet, en el que donen conte de les Funcions de les Lluminaries y Te Deum que en los diez 5, 6 y 7 de Nohembre de 1796 se feren en esta Ciutat, per haver el dia 28 de Octubre aplegat la noticia de haverse Beatificat en Roma lo dia 18 de Setembre el Illustrisim y Excelentisim Don Joan de Ribera, patriarca de Antioquia, Arquibisbe y Virrey de Valencia.*

¹⁶ ESTEVAN I CERVERA, Miquel: *Descripció de les Lluminaries que en honor del Beato Joan de Ribera, Fundador del Convent de Capuchins, de esta Ciutat, se feren los dies 9, 10 y 11 de Setembre de este añ 1797.*

¹⁷ CALVETE DE ESTRELLA, Juan Cristóbal: *El felicísimo viaje del muy alto y muy poderoso príncipe Don Felipe, Amberes, Martín Lucio, 1552, pp. 4-260.*

ruedas, emulando la reciente batalla de Lepanto entre cristianos y turcos de 1571. Los jurados habían decretado tres noches de fiestas, con fuego de artillería desde el baluarte, y luminarias en toda la ciudad, incluso en el Micalet¹⁸. Hay que hacer constar que en el mismo viaje, Felipe II no fue agasajado con fuegos artificiales ni en Zaragoza ni en Albacete¹⁹, lo que podría significar que la pirotecnia recreativa no estaba todavía en ese momento generalizada en todos los reinos de España.

En el más de siglo y medio que media entre 1585 y 1747, año de publicación del *Traité des feux d'artifice pour le spectacle*, escrito por Frézier²⁰, la pirotecnia festiva se desarrolló y propagó ampliamente por toda Europa hasta el punto de que dicho autor propuso varios motivos de alegría colectiva para festejarla con fuegos de artificio: fiestas de señalados santos; beatificaciones o canonizaciones, exaltación de papas, promociones de prelados o grandes dignidades eclesiásticas que guarden relación con la comunidad; firma de un armisticio tras una guerra; nacimiento de un príncipe o infante o nupcias de la realeza; proclamación o coronación de un rey y, por último, entrada de un soberano en una ciudad²¹. Pues bien, de todos estos motivos que el autor francés daba cuenta, disponemos de ejemplos también en Valencia, como a continuación vamos a ver, lo cual denota tanto el éxito de este nuevo tipo de espectáculo entre los valencianos como el perfeccionamiento progresivo de la técnica de sus polvoristas o pirotécnicos.

El autor francés menciona que el primer “teatro de artificio”, es decir, espectáculo multitudinario de fuegos artificiales, se celebró en Fontainebleau en 1606 ante diez mil personas, cuando se erigió un castillo de madera que se armó de gran cantidad de artificios que se lanzaron como defensa ante un simulacro de ataque²². Ese origen de la palabra “castillo” para definir un gran espectáculo pirotécnico lanzado desde una estructura defensiva simulada se halla también

¹⁸ COCK, Henrique: *Relación del viaje hecho por Felipe II, en 1585, a Zaragoza, Barcelona y Valencia, Madrid*, 1876, pp. 130-131, 134, 141-144 y 236-237.

¹⁹ SANTAMARÍA CONDE, Alfonso: “El paso de Felipe II por Albacete en 1586”, *Al-Basit: Revista de estudios albacetenses*, Núm. 12 (1983), pp. 149-167.

²⁰ FRÉZIER, Amédée François: *Traité des feux d'artifice pour le spectacle*, Nyon fils, París, 1747.

²¹ FRÉZIER, Amédée François: *Traité des feux...*, pp. 402-450.

²² FRÉZIER, Amédée François: *Traité des feux...*, pp. 387-388.

en Valencia por las mismas fechas²³. En 1609, con ocasión de las fiestas con que la ciudad celebró la reciente beatificación de fray Luis Bertrán, del 31 de agosto al 3 de septiembre, se realizaron cuatro representaciones piro-teatrales en días sucesivos en la plaza de Predicadores (actual de Tetuán), en las que un castillo de madera servía para la representación de un combate en el que las armas eran múltiples invenciones pirotécnicas. Ese doble origen, bélico y teatral, de la palabra castillo es el que podemos asegurar genuino para los espectáculos pirotécnicos en los que se representa el éxito del bien sobre el mal en una disputada lucha de fuego²⁴. Cada noche se turnaron sendos maestros polvoristas en disparar sus castillos de fuego en una competición que también podría considerarse el primer concurso pirotécnico del que hasta ahora se tiene constancia, dotado de una gran recompensa de veinte ducados para el ganador, además de lo que el Consell había pactado con cada uno de ellos por su trabajo y materiales empleados²⁵. Los cuatro piroespectáculos nocturnos se representaron bajo la atenta mirada del virrey, marqués de Caracena, el arzobispo Juan de Ribera, el gobernador, los miembros del Consell y cerca de treinta mil personas que ocupaban la enorme plaza. No en vano, el padre Gómez afirmaba entonces que aquellas fiestas fueron “de las mayores que en España se han visto”. De forma sintética, por falta de espacio, daremos detalles de los cuatro, porque en ellos podrían hallarse muchas claves sobre el origen de la pirotecnia asociada a las Fallas y a otras manifestaciones festivas actuales: el primero castillo consistió en una fuente de cuatro metros y medio de altura, rematada por un enorme murciélago. En cada esquina de la plataforma, cuatro grandes figuras huecas de animales considerados feroces (toro, tigre, águila y cuervo), y entre éstos y la fuente, otros cuatro animales (caballo, papagayo y león, y el fantástico unicornio),

²³ La referencia más antigua que hemos hallado relativa a la construcción en madera de un castillo para usarlo como plataforma de lanzamiento de artificios de fuego es la de 1543 en Salamanca: “[...]un castillo de madera muy hermoso con muchos bustos [...]Había dentro tanta abundancia de cohetes y fuego [...]tan grandes eran los truenos y tan espesos lo cohetes que subían por el aire, con grandísimo estruendo” (Manuscrito nº 4013 de la Biblioteca Nacional de España: *Recibimiento que se hizo en Salamanca a la princesa doña M^a de Portugal, viniendo a casarse con el Príncipe Don Felipe II*).

²⁴A la misma conclusión llegan Mínguez, González Tornel y Rodríguez Moya. Véase: MÍNGUEZ CORNELLES, Víctor Manuel, GONZÁLEZ TORNEL, Páblo y RODRÍGUEZ MOYA, María Inmaculada: *La fiesta barroca: el Reino de Valencia (1599-1802)*, Valencia, Universitat Jaume I, Castellón de la Plana, 2010, p. 122.

²⁵ GÓMEZ CORELLA, Vicente: *Los sermones y Fiestas que la Ciudad de Valencia hizo por la beatificación del glorioso padre San Luys Bertrán*, Joan Crisostom Garriz, Valencia, 1609, p. 10.

todos ellos “llenos de cohetería”. Diez polvoristas pertrechados “de cohetes y tronadores de cabeza a pies, y con sus espadas y rodela también llenas de ingenios de fuego”, dispararon sin cesar rodeando la fuente y encendiendo los ingenios de fuego que contenían los animales y la fuente, “que comenzó a arderse y echar de sí arroyos de vivo fuego, rayos, truenos”, hasta el punto de que “todo junto parecía el mayor incendio que el mundo había visto”²⁶.

La segunda representación pirotécnica, dinámica y teatral, tuvo como escenario un gran castillo amurallado y reforzado con torreones en el que se hallaba apresada una dama. A su rescate acudió un capitán con una galera que se desplazaba sobre ruedas con la que entabló batalla pirotécnica contra el castillo, lo que provocaría el alborozo del público: “todo era truenos, relámpagos, fuego, grita, y bozes de infinita gente que en la plaça avia”, contienda que finalizó con el feliz rescate de la dama²⁷. En la tercera noche se escenificó la destrucción de Sagunto, ciudad representada con cuarenta torres, murallas, baluarte y castillo, y dotada de templos y Coliseo del que salían varios personajes –*bultos*–: un león, un condenado a muerte, un sátiro que raptaba Deyanira, su esposo Hércules, un salvaje constreñido por una serpiente y cuatro gladiadores. En esta ocasión el espectáculo se mostró tan estático que resulta inevitable tenerlo en cuenta como otro posible precedente de las Fallas. Tras el disparo de cuatrocientos mosquetes, se quemaron todos los personajes al tiempo que de ellos salía abundante cohetería que daría paso al incendio de Sagunto con “cohetes y tronadores [...], morteretes [...] bombardas [...]” hasta que se quemaron todos estos elementos “sin que quedase rastro dellos”²⁸.

El cuarto castillo pirotécnico también tuvo como motivo la defensa heroica de una ciudad: Troya, edificada en madera sobre una base de 414 m². La ciudad homérica disponía de grandes defensas: “girandolas, o mangas de cohetes, que hazían número de cien gruesas”. Y de su interior asomaban “quarenta gruesas de tronadores”. La representación de la Iliada se fraguó mediante la construcción de un enorme caballo de madera en el que se escondió un escuadrón de soldados que pretendía con esa argucia penetrar en la ciudad. Desplazado por

²⁶ GÓMEZ CORELLA, Vicente: *Los sermones...*, pp.307-308.

²⁷ GÓMEZ CORELLA, Vicente: *Los sermones...*, p. 403.

²⁸ GÓMEZ CORELLA, Vicente: *Los sermones...*, pp. 460-462.

grandes ruedas, el “Cavallo Griego” se presentó a las puertas de Troya y comenzó a arrojar de su interior soldados y diversos artificios de fuego. Curiosamente, el rocín no penetró en la ciudad, aunque el espectáculo pirotécnico que se formó en aquella batalla fue tan épico como el propio mito homérico, que iba a terminar con el lanzamiento de “bombas de fuego” y el incendio y destrucción de la ciudad y su castillo y, una vez retirado el caballo, con la quema de éste después de otro gran episodio pirotécnico que salió de su interior por todas sus aberturas: “ojos, boca, narices, pechos, ijares, setenta salidas de cohetes”, lo cual provocó su incendio “hasta dexar abrasado el Cavallo y puesto en sola la armadura”, es decir, el armazón²⁹.

Valgan estos cuatro ejemplos para darnos cuenta de que hace más de cuatrocientos años ya se realizaban grandes espectáculos pirotécnicos en Valencia, a la par que se quemaban sofisticadas y artísticas hogueras.

LOS GRANDES ESPACIOS PIROTÉCNICOS: tierra, aire, agua y fuego

Los espacios pirotécnicos de Valencia eran, en los siglos XVII y XVIII de tres tipos: de superficie, aéreos y acuáticos³⁰. Espacios de superficie eran las plazas del Mercado, de la Seo (plaza de la Virgen), de Predicadores (de Tetuán) y el Llano del Real, el área comprendida entre el desaparecido Palacio del Real y el puente homónimo. Se trata de amplias áreas urbanas donde el aforo es libre y flexible, en función del número de personas que quieran congregarse para contemplar la función pirotécnica. Sólo en algunos casos, como en las anuales procesiones de Gracias, se lanzaba cohetería desde la calle en lugar de desde una plaza, si bien, en este caso, tanto por motivos de seguridad como por la angostura del espacio, los castillos de fuegos son más limitados.

Ante el éxito de estas convocatorias populares, casi siempre nocturnas, se idea en algún momento el lanzamiento de los castillos de fuegos desde esos mismos espacios públicos, pero desde su parte más alta. Es decir, desde las torres de la Casa de la Ciudad o Casas Consistoriales, el Miguelete, la torre de

²⁹ GÓMEZ CORELLA, Vicente: *Los sermones...*, pp. 494-495.

³⁰ Sobre el medio acuático como espacio lúdico de actos pirotécnicos se hablará al final de este artículo, dadas sus características especiales y su singularidad.

la Diputación (Generalitat) o desde la torre de la iglesia del convento de Santo Domingo. Con ello, se logra aumentar la altura que alcanzarían determinados cohetes y otros artefactos, y ampliar el número de espectadores, pues se podría ver el castillo de fuegos desde múltiples áreas más o menos alejadas del punto de lanzamiento, con lo que los promotores del regocijo pírico amortizan más su inversión al lograr que la propaganda de prestigio que conlleva este tipo de espectáculos surta efecto entre más vecinos de la ciudad y múltiples forasteros que suelen acudir a estas fiestas. En este sentido, vale la pena reproducir la descripción del castillo de fuegos que se disparó desde el Miguelete la primera noche de las fiestas de San Vicente de 1655, costado por el Consell, pues confirma varios supuestos: el enorme gentío, tanto a pie como en coches y carruajes, que visionaba el espectáculo, los otros miles de espectadores que podían ver desde las terrazas de las casas de la ciudad o pueblos de alrededor un castillo lanzado desde la torre más alta de Valencia, y la división del espectáculo en tres actos correlativos, por la escasa capacidad de dicha terraza para albergar tantos cohetes y otros ingenios:

“[...] la torre mayor de la santa Iglesia de Valencia, que comúnmente llaman el Micalete, arrojó a las estrellas tanta multitud de cohetes que esparcidos por el ayre parecían aves de fuego que volando por él cubrían todo el cielo, estando toda la plaza de la Seo llena de coches y gente que parecía imposible que pudiesen caber en ella, aunque fuera mucho mayor. Con aver sido esta vista que casi todos los que viven en la Ciudad y sus arravales la pudieran aver gozado sin salir de sus casas, porque con ser la torre de las más encumbradas que ay en España, no ay terrado en toda la Ciudad de donde no se pueda descubrir mucha parte de ella, y con aver sido una salida tan copiosa, que pareció que no era posible aver cabido más munición en la torre, hubo después dos salidas más, y todas ellas tan copiosas o más que la primera”³¹.

El éxito de estas iniciativas aéreas fue tal que numerosas parroquias y conventos se apuntarán, sin abandonar las tradicionales luminarias, los altares, etc., comunes en efemérides, procesiones y fiestas, al nuevo modelo de lanzar

³¹ ORTÍ I BALLESTER, Marc Antoni: *Segundo centenario...*, pp. 242-245.

castillos de fuegos desde la parte alta de los campanarios y lanzar los cohetes y otras invenciones lo más alto posible para lograr esa efímera y bella iluminación nocturna, mezclada con las explosiones, fognazos, y a veces música y toques de campanas. En el transcurso de esta investigación se han detectado espectáculos pirotécnicos lanzados desde los campanarios del Miguelete, Santo Domingo, Santa Catalina, San Andrés, San Juan del Mercado, San Bartolomé, San Francisco, San Martín y San Esteban, así como desde los conventos de la Merced, San Francisco, Santa Mónica, Trinidad y Magdalenas, en este último caso, desde lo alto de la cúpula de la iglesia. En ocasiones los cronistas aseguran que se producía una auténtica competición entre los distintos cleros para ver cuál disparaba el castillo de fuegos más vistoso y con nuevos ingenios que despertaran la emoción y la admiración del público, lo cual dará como consecuencia, como veremos, que algunos religiosos se conviertan también en pirotécnicos.

NAUMAQUIAS SECAS: pirotecnia sobre ruedas

Otro tipo de espectáculo pirotécnico era el de las batallas navales o naumaquias, cuyo primer ejemplo, escenificado en la plaza del Mercado en 1586, ya hemos citado. Aunque los espacios públicos más adecuados para ese lanzamiento de cohetes y bombas entre escuadras cristianas y turcas o moras, según los casos, eran las plazas del Mercado y de Predicadores, las batallas se desarrollaban también en las calles que formaban parte de la carrera de algunas procesiones, donde no faltaban otros castillos y baluartes fijos y efímeros que respondían a los cañonazos –siempre sin carga balística– de las galeras y fragatas.

Normalmente, una naumaquia propiamente dicha se escenifica y desarrolla en un medio acuático, ya sea éste mar, lago o río. Sin embargo, en todos estos ejemplos vemos que los navíos de guerra discurren por calles y plazas, desplazados sobre ruedas o montados sobre carros y tirados por mulas o caballos, al igual que las Rocas del Corpus. Las batallas callejeras entre naves de un bando cristiano, que encarna tanto al bien como a la ciudad de Valencia, y un bando formado por piratas berberiscos o por la flota turca, que encarnan al enemigo, al mal, son una constante en las fiestas populares de la capital. Las naves estaban armadas con artillería y dotadas de marinería disfrazada a lo

“moro” o a lo “cristiano”, y simulaban sus batallas, siempre con victoria del bien sobre el mal, disparándose entre ellas con la artillería y con mosquetes y trabucos sin carga letal, o con cohetes al aire.

ARTÍCULOS PIROTÉCNICOS: entre cohetes y morteretes

La gama de elementos pirotécnicos que se empleaba hace trescientos o cuatrocientos años es muy variada. El producto principal es el cohete de caña, también llamado volador. Cuando llevaba abundante carga de pólvora se le denominaba “cohete grande de caña”, y cuando su función era meramente sonora, “cohete de trueno”. Es el artificio más común en las salidas, en las que se empleaban cientos de ellos, lanzados en *manegues* o mangas, para lograr en el cielo un efecto visual muy apreciado por el público. Abundan en la documentación los *morteretes* y las *bombas*, que se lanzaban desde morteros de hierro o *bombardas*. En ocasiones, al explotar en altura, la *bomba* expelía a su vez otras más pequeñas que también desprendían su estruendo y su luz al romper. Culebras, culebrones y culebrillas, mosquetes, colmenas, *sarcillos*, soles, lunas y estrellas son citados por Crehuades en 1622³². Por esas fechas, las autoridades prohibieron el uso de “cohetes, busca pies [borrachos], triquitraques o dobladillas [tracas], morteretes y culebrillas”, lo que viene a demostrar que el uso de las tracas, los borrachos y los morteretes ya era común en el siglo XVII. Los buscapiés, borrachos o carretillas –cohetes sin caña– eran muy populares entre el público, sobre todo joven, que empleaba dichos artificios como diversión y eran los que más temor y regocijo causaban: “Los traviessos buscapiés todo lo metían a bulla, haciendo riza en el infinito vulgo, bolviendo de humo algunos mantos de gloria, a cuyo son saltaban ligeros muchos, no sólo de placer, sino de temor”³³. Queda constatado el peligro que causaban los buscapiés, que sería causa de su prohibición en numerosos pregones en distintas épocas, así como su uso por parte de los universitarios en el patio de la Universidad donde se había construido un castillo de fuegos formado por un armazón recubierto de lienzos pintados a modo de cantería y dotado de torreones y murallas.

³² CREUHADES, Joan Nicolau: *Solenes y grandiosas...*, pp. 15-24.

³³ BALLESTER, Joan Baptista: *Aclamacion festiua del antiquissimo iuramento de la Concepcion que amplio la insigne Vniuersidad de Valencia...*, Valencia, Gerónimo Vilagrassa, 1664, pp. 28-29.

Las piulas y las *piuletes*, junto con los tronadores, son también artículos muy populares ya a comienzos del siglo XVII. El citado cronista afirma que los *triquitraques* y las *piulas* son lo mismo: “triquitraques (que acá llamamos piulas), tronadores, bombezillas, culebras y busca pies”, eran los productos pirotécnicos que lanzaban desde sus rodelas –escudos– dos figuras o *bultos*, en forma de frailes franciscanos que flanqueaban a un “Don Juan de Austria”, dotado de estandarte de la Concepción en una mano y de espada y una rodela llena de cohetes en la otra, como protagonista principal de esta escenografía que se instaló en el castillo de fuegos que el convento de la Puridad disparó en 1622³⁴. Por último, las *girándulas* y *rodes* o *ruedas* eran unos elementos móviles accionados por la fuerza de los cohetes que llevaban adosados, como se aprecia en 1659, con motivo de las fiestas por la canonización de Santo Tomás de Villanueva. Dieciséis de esos elementos se utilizaron en el castillo disparado desde el Miguelete, así como se lanzaron *chispers de llum* y *chispers de tro* –chisperos de luz y de trueno–, y sesenta *plomalles* con sus luces³⁵.

CASTILLOS DE FUEGOS: ¿probable precedente de las fallas?

Sin duda, poco tienen que ver los actuales castillos de fuegos artificiales con los de los siglos XVII y XVIII. Si bien ambos modelos participan de su belleza aérea, no es así en cuanto a la belleza del monumento pirotécnico, pues en la actualidad, y desde hace muchas décadas, nos hallamos ante castillos sin castillos. Para entendernos, los primeros castillos de fuegos eran una construcción simulada, dotada de belleza arquitectónica, desde la que se lanzaba por la noche la belleza de la luz –y posteriormente el color– y el sonido. Un buen ejemplo de lo que queremos expresar es el castillo construido en la Universidad en 1664 para las fiestas de la Inmaculada, el cual estaba formado por un armazón recubierto de lienzos pintados a modo de cantería y dotado de “torreones, plaças, cubos y murallas, rematando en una hermosa Ciudadela, coronado todo de grímpolas, flámulas y gallardetes”. Como se puede observar, la emulación de un

³⁴ CREUHADES, Joan Nicolau: *Solenes y grandiosas...*, pp. 134-136. El convento de la Puridad se hallaba situado por entonces entre la plaza del Mercado y la del Tossal, con una de sus fachadas a la calle Bolsería. En la plaza donde se hallaba su puerta principal se levantó un castillo de madera en forma de cuadrado, con cuatro torreones en los vértices.

³⁵ AMV, *Querns*, B-111, 24-4-1659:

castillo pétreo, aunque realizado en madera y a escala reducida, que sirviera de escenario de un acto bélico simulado era una constante en la Valencia del siglo XVII. Ahora bien, resulta inevitable de nuevo compararlo con la estética artística y la función efímera de las fallas actuales, e incluso con ese sentimiento de pena por lo evanescente de su arte, por la visión de la belleza que en breve iba a volatilizar el fuego. En palabras de Joan Baptista Ballester, la visión del castillo armado de cohetes de todo tipo estaba “causando lástima que tan hermosa fábrica tuviese la gloria tan efímera, que hubiese de ser fatal despojo de tan arrebatada y próxima ruina”. Y, en efecto, al comenzar a quemarse el castillo se despidieron de él “coetes, ruedas, girándulas, bombas, coetes de trueno, boladores y carretillas”. Aplaudido por todos era tanto el fuego terrestre cuando “estallaban continuamente los morteretes, que sonaban a horrenda artillería”, como el aéreo cuando se disparaban “densas mangas guardadas de retén, de coetes grandes de caña”, lo que provocaba el “aplauzo que se granjearon tan costosos como ingeniosos fuegos³⁶.

Nos hallamos aquí de nuevo ante dos estéticas, ante dos formas de contemplar un castillo de fuegos artificiales: por un lado, los espectadores podían admirar el monumento efímero y los personajes durante el día, mientras que por la noche, observaban su lanzamiento pirotécnico y su previsible quema, dado que los materiales empleados eran de productos inflamables –madera, tela, papel, pintura–, aunque no era esa la finalidad como sí que lo es en las actuales fallas. En otras ocasiones, los castillos servían de escenario de representación de escenas dantescas en las que los protagonistas humanos simulaban batallas empleando todo tipo de artificios de fuego, como hemos visto más arriba, en las fiestas por la beatificación de fray Luis Bertrán de 1609.

La espectacularidad de otro castillo pirotécnico, sufragado por la ciudad e instalado en la plaza del Mercado en 1655, es notable, y no sólo lo es por sus dimensiones y disposición, sino por contener lo que ahora llamamos *ninots* y entonces se denominaban *bultos*, lo que nos vuelve a sugerir que estamos ante un probable precedente de las fallas:

³⁶ BALLESTER, Joan Baptista: *Aclamacion festiva...*, pp. 28-29.

“[...] vieron en la plaza del mercado un grande castillo, que estava prevenido para la noche, fabricado por cuenta de la Ciudad. Tenía sobre él otro castillo harto grande, pero no tanto como el primero, que tenía encima una pirámide de setenta palmos de longitud, que solo el ver su disposición i fábrica causaba admiración, i más con el entretenimiento que ocasionaban unos bultos que avía en él, que representaban los locos y locas del Hospital”.

Su quema comenzó con tres salidas de cohetes desde el vecino convento de las Magdalenas, con la particularidad de que, entre salida y salida, se lanzaban algunos ingenios más potentes, los “gruessos”, que alcanzaban una altura inusitada y esparcían, al explosionar, otros inventos pirotécnicos que iluminaban el cielo mientras descendían hasta que se apagaban. También pareció novedosa la explosión de determinados cohetes con una luz intensa y clara, lo que podría interpretarse como luz blanca: “Otros [cohetes] huvo que abortavan unas luzes tan claras, que daban ocasión a que muchos se persuadiessen que al baxar se llevaban tras de sí las estrellas”³⁷.

LA PROFESIÓN DE POLVORISTA: arte, ingenio, ciencia y religión

Detrás de todos estos ingenios y cohetes estaban los polvoristas, algunos de los cuales ya hemos citado. En el primer cuarto del siglo XVII destaca la figura del maestro polvorista Vicente Ripoll. A él se debe, al menos, el diseño y la realización de los castillos lanzados desde el Miguelete y el espectacular de San Juan del Mercado en 1622, en cuya preparación fue ayudado por veinte oficiales durante dos semanas, según Creuhades, quien aseguraba entonces que Ripoll era:

“[...] hombre que por no perder un átamo (sic) de crédito en esta materia, se ha averiguado que muchas vezes en los conciertos que haze pierde muchos ducados; y por este respeto le debieron estrenar en este 30, y en el de la Ciudad, sesenta. Con todo, ay en Valencia algunos oficiales que, si no le alcançan, le van cerca. Y no es mucho siendo sus

³⁷ ORTÍ I BALLESTER, Marc Antoni: *Segundo centenario...*, p, 250. Sor Àngels Trecens fue la monja pirotécnica encargada de diseñar, construir y disparar el castillo.

discípulos. De todos me he informado, y me han dicho que tienen concertadas muchas y diversas invenciones de fuegos para particulares en fiestas, así de esta Ciudad, como de todo el Reyno, sin [citar] otras que van despidiendo de cada día, por hallarse empeñados a cumplir su palabra”³⁸.

El testimonio es muy revelador, pues deja constancia de la fama que alcanzaban algunos maestros polvoristas, que aprovechaban los grandes encargos para lucir su arte pírlico aún a costa de perder dinero, si bien recuperado en parte con “estrenas” y, sobre todo, con la lluvia de nuevos encargos de particulares para otros tipos de fiestas más modestas. La gran profusión de oficiales pirotécnicos y la demanda de su arte en otros lugares alejados de Valencia quedarían corroboradas cuando se creó décadas después el gremio de polvoristas.

Otros dos ejemplos relevantes de pirotécnicos son los miembros del clero, dada la importancia que alcanzó la pirotecnia entre las congregaciones de los conventos y el clero de las iglesias. En primer y destacado lugar, mencionaremos a sor Ángela Trecens, religiosa dominica del convento de Santa María Magdalena, tal vez la primera mujer pirotécnica de la que se tenga noticia hasta ahora, quien recibió la aclamación del público asistente tras finalizar el castillo de fuegos que disparó desde dicho convento en 1655. No fue la única persona perteneciente al clero que se dedicaba en esa época a la afición pirotécnica. Ese mismo año, el Consell de Valencia había encargado el castillo de fuegos de la plaza del Mercado al presbítero Bartolomé Gasó, beneficiado de la iglesia de Santa Catalina, cuyo mayor mérito como pirotécnico fue saber organizar y disponer las invenciones de fuego de forma sincronizada y sin pausas, lo que le valió, además del importe acordado por la elaboración del castillo, una gratificación extraordinaria por parte del Consell³⁹.

En una sociedad como la valenciana en la que tan bien organizado estaba el mundo laboral, llegó el inevitable momento de crear, en la misma línea que antaño hicieran otros oficios, el gremio de polvoristas. La iniciativa no iba a partir, a tenor de lo que refleja la documentación consultada, de los maestros

³⁸ CREUHADES, Joan Nicolau: *Solenes y grandiosas...*, pp. 125-126.

³⁹ ORTÍ I BALLESTER, Marc Antoni: *Segundo centenario...*, pp. 252-254.

pirotécnicos, sino del propio gobernador, que les instó a que se organizaran en oficio y cofradía, reanudando el mismo proceso normalizador, en la práctica alejargado desde la segunda década del Setecientos, que habían seguido otros oficios cuando alcanzaban cierta entidad⁴⁰. El 13 de noviembre de 1689, dieciséis polvoristas⁴¹ se reúnen en la notaría de Onofre Ballester en virtud de una providencia del gobernador y en presencia de un alguacil municipal y otro del gobernador. Sea cuerda entonces la creación del gremio de polvoristas y la redacción de sus capítulos. Cinco días después se presenta una suplicación del gremio de polvoristas ante el Consell, al que entregan los capítulos del nuevo gremio y la institución de “una confraria y obra pia nomenadora lo offici de Polvoristes [...] davall la protecció del gloriós sant Antoni Abad y santa Bárbera”.

Tras la revisión de los 22 capítulos por uno de los abogados ordinarios de la ciudad, su sentencia fue emitida el 26 de noviembre, fecha en la que fue aprobada por el Consell, y con ella, los capítulos del gremio. Estos estatutos definían bien, entre otras cuestiones, cuáles eran los pasos a seguir para llegar a ser *mestre polvorista*, los exámenes de maestría, los tres años de aprendizaje, la continuación del negocio por las viudas cuando algún polvorista fallecía o el disparo de castillos en fiestas religiosas o populares, así como la venta al público cualquier género de cohetes y otros productos pirotécnicos⁴².

Los polvoristas también eran proveedores de pólvora para uso oficial o personal de particulares. La ciudad precisaba de pólvora para alimentar las armas de sus alguaciles y también para las armas del Centenar de la Ploma. Muestra de ello es la adquisición que realizó el Consell al polvorista Juan Eroles de 200 libras de pólvora, a un precio, y esto es importante, de 2 sueldos y 10 dineros por libra, lo que sumaba 28 Libras, 6 sueldos y 8 dineros⁴³. Además de suministrar pólvora a la Ciudad y a la Diputación, los polvoristas debían guardar suficiente provisión en el lugar que indicara el Consell para tal efecto, que pudiera

⁴⁰ BAUXAULI JUAN, Isabel Amparo: *Els artesans de la València del segle XVII. Capítols dels oficis y col·legis*, Universidad de Valencia, Valencia, 2001, p. 15.

⁴¹ Los maestros polvoristas fundadores de su gremio fueron: Vicent Pujol, Miquel Bertrán, Macià Maravilla, Ignacio Soriano, Joseph Gisbert, Juan Batiste Abella, Francisco Llopis, Miquel Salvador, Juseph Gonzales, Francisco Aguilar, Dionís Jordá, Francesc Mir, Domingo Espinós, Thomás Martines, Luys Roca y Ambrós Requení (AMV, *Pregons y crides*, XX-8, fols. 5v-14v: Capítulos del gremio de polvoristas).

⁴² AMV, *Pregons y crides*, XX-8, fols. 5v-14v.

⁴³ AMV, *Querns*, B-111, 27-5-1659.

ser la torre de Santa Catalina, en la muralla, en 1565, como afirma Llop, y el Molino de la Pólvora, también llamada Casa de la Escopetería y, después, Picadero, situado junto a la antigua Puerta de los Judíos, en la parte exterior de la muralla, donde se molían desde 1600 los ingredientes de la pólvora según el calibre del grano que se deseaba, y, a partir de 1681, en el espacio que había desocupado la antigua mancebía, en el barrio del Carmen. Será en 1758 cuando se traslade ese peligroso depósito de pólvora fuera de la ciudad. En concreto, a Paterna, a un montículo deshabitado relativamente cercano al poblado de Benimámet y a Los Silos de Burjassot.

Interesante última cuestión, que desarrollaremos en un futuro, es la de las inspecciones a los talleres de los polvoristas. El motivo principal no eran las medidas de seguridad, sino el uso de papeles de notaría y autos judiciales por los polvoristas para confeccionar sus cohetes, lo cual conllevaba la destrucción total de documentación importante. Por ello, se realizan inspecciones regulares y extraordinarias en los talleres de los polvoristas, en las que participaban los mayores y el escribano del Colegio de Notarios y el Justicia Civil de la ciudad⁴⁴.

FUEGOS POR LAS BUENAS NUEVAS: alegrías compartidas

Las fiestas por las buenas nuevas o noticias consideradas importantes y motivo de alegría común iban a ser excusa perfecta para la representación de espectáculos pirotécnicos. Son numerosas estas manifestaciones de júbilo, de las que cabe citar algunos ejemplos por alumbramientos de infantes y príncipes, como el de marzo de 1658, con motivo del nacimiento del infante Felipe Próspero⁴⁵, o el de marzo de 1659, por el nacimiento del infante Fernando, ambos hijos de Felipe IV y de Mariana de Austria⁴⁶. Además, se encendieron luminarias por toda la ciudad⁴⁷. Con la dinastía borbónica se prosiguió con este tipo de

⁴⁴ LÓPEZ DE LOS RÍOS, Tomás: *Auto glorioso; Festejo sagrado con que el insigne Colegio de la preclara Arte de Notaría celebra la Canonización de el Señor S. Luis Bertran...*, Valencia, 1674, PP. 70-75.

⁴⁵ AMV, *Querns*, B-110, 11-3-1658: orden de pago para Antoni Pastor, *fuster*, 2 libras *per haber ensés lo campanar de la seu la vespra de la proceço de Gracies per lo naiximent del serenissim infant*.

⁴⁶ AMV, *Querns*, B-111,, 23-3-1659. Se contabilizan 66 libras por el lanzamiento de un "Castell de invencions de foch" en la calle de San Vicente, junto al convento de Gracia, al llegar la procesión por el "felís succés de haber donat la Magestat divina un infant a sa Magestat"

⁴⁷ AMV, *Querns*, B-111, 11-3-1659: Pago al carpintero Vicent Mendoça de "quatre liures per la luminaria que feu en lo carrer de Sant Vicent a ocasió de dita proceço [de Gracia]".

festejos, como aconteció por el natalicio en 1707 de Luis (Luis I), con tres noches de luminarias (7, 8 y 9 de octubre) y castillo de *fochs* en las torres de la Casa de la Ciudad, y, al mismo tiempo, “la feliz restitución a su gracia de dicha ciudad”, según se refleja en al Real Cédula de 17 de septiembre de 1707 mediante la cual el rey Felipe comunicaba oficialmente la victoria sobre los austracistas y exigía a Valencia “demostraciones de júbilo y alegría”, para lo cual se disparó un castillo de fuegos desde la terraza de la torre del Miguelete en la noche del 8 de octubre, con “ingeniosas salidas de fuego con abundancia”⁴⁸. También se constata el festejo del nacimiento de otro infante el 2 de julio de 1708 mediante la declaración de tres noches de luminarias⁴⁹.

Una muestra de espectáculos pirotécnicos con motivo de una firma de paz la observamos en diciembre de 1697, dos meses después de la firma del Tratado de Rijswijk, que dio término a la Guerra de los Nueve Años y, con ello, al sitio de Barcelona por el ejército francés y a la invasión gala de Cataluña. El Consell General acordó, “en demostración de júbilo y alegría, y en señal de debidas gracias”, festejar la paz con diversos actos religiosos, tres noches de luminarias y dos espectáculos pirotécnicos: una “eixida de fochs y cohetería” desde el Miguelete y “un sumptuós castell de ingeniosos fochs” desde la plaza del Mercado⁵⁰.

Durante la Guerra de Sucesión también se hizo uso de la pólvora, cuando el Reino aún no se había convertido en campo de batalla, para festejar acontecimientos políticos como “les festes per la restitució de sa magestat a la cort”, en julio de 1704. Valencia iba a celebrar el 27 de dicho mes el regreso de Felipe V a Madrid con diversos actos religiosos, entre ellos, el de la “procesión de gracias”, que partió desde la capilla de Nuestra Señora de Gracia del convento de San Agustín y, al entrar a la plaza del Mercado se disparó un “castell de ingeniosos fochs y coheteria”. El otro contendiente de aquella guerra, el Archiduque Carlos, fue proclamado rey en Valencia el 22 de diciembre de 1705 como “Carlos Tercer”, lo que tuvo como reacción festiva, por orden del propio rey, la limpieza y el ornato de las calles valencianas en mayo de 1706 y en el disparo el 3 de

⁴⁸ AMV, *Pregons y crides*, XX-9, f. 99-103v.

⁴⁹ AMV, *Pregons y crides*, XX-9, ff.124-125

⁵⁰ AMV, *Pregons y crides*, XX-8, 5-12-1697. *Pregó de les festes de les paus entre Espanya y Francia*.

junio de “ingeniosos fochs en lo Micalet”⁵¹. Finalizada la guerra, la visita a Valencia de Felipe V en mayo de 1719, acompañado de la reina Isabel de Farnesio y el príncipe Luis, también tuvo su demostración pirotécnica de júbilo mediante el disparo de un castillo en el Llano del Real, que consistió en el lanzamiento de cohetes de “truenos y luzes” durante media hora⁵².

En septiembre de 1746 se celebró la proclamación de Fernando VI con tres noches de luminarias y varios castillos de fuegos. El primero, lanzado desde las dos torres de las Casas Capitulares –antigua Casa de la Ciudad–, culminó con el encendido de cohetes que formaban el lema: “Viva Don FERNANDO VI”. También se sucederían las batallas navales entre fragatas rodadas de moros y de cristianos, manejadas por pescadores, escenas en las que se derrochaba la pólvora entre los navíos antagonistas. El último castillo, instalado en el Llano del Real, fue costeado por la nutrida comunidad francesa, por estar “justamente interesada en estas glorias”⁵³.

CENTENARIOS Y OTRAS EFEMÉRIDES: dibujar castillos en el aire

San Vicente Ferrer fue motivo de celebración anual desde su canonización, pero será en su segundo y tercer centenario cuando la ciudad de Valencia organice unas costosas fiestas en las que no faltarán luminarias y fuegos artificiales. Para el segundo centenario, en 1655, el Consell dispuso el disparo de tres castillos, además de los que se lanzaron a expensas de entidades religiosas. En plaza de Santo Domingo, la ciudad disparó el gran castillo que había costeado para la ocasión: un “fuerte Real” de madera con tres plazas, torre y “pertrechado de muchas bombas y muy ingeniosas invenciones de fuego”. Al encenderse, salió “tanto fuego en cohetes y bombas que pareció uno de los mayores incendios que se había visto”, hasta el punto de que los numerosos forasteros que habían acudido a la celebración, “no acostumbrados a ver fiestas semejantes, recelaron que se había de convertir en pavesa toda la Ciudad”. De hecho, toda la gran

⁵¹ AMV, *Pregons y crides*, XX-9, 62v-64v.

⁵² *Relación verdadera en que se declara el fino amor con que los nobles y leales valencianos han recibido à sus magestades, y al Muy Alto y Serenísimo señor Luis Primero de España, Príncipes de las Asturias, y lo demás que verà el curioso. Entraron en esta ciudad à 5 de Mayo de este año de 1719*, Valencia, Antonio Bordazar, 1719.

⁵³ ORTÍ Y MAYOR, José Vicente: *Relación puntual...*, pp. 19, 35-36 y 99.

plaza estaba tan llena de coches que se formó un gran atasco, porque, “sin quererlo, se negaban el tránsito los unos a los otros”⁵⁴.

La Obra Nova de la catedral volvió a ser escenario y soporte de un espectáculo pirotécnico: “un grande Castillo con una inexplicable preñez de cohetes, bombas i otras invenciones”, dispuestos en tres torreones de madera. Tras las tres salidas desde el Miguelete y el lanzamiento de la Obra Nova, se disparó otro castillo desde el convento de Predicadores. Desde lo más alto de la Capilla de los Reyes se lanzaron tres salidas de “innumerables cohetes gruesos y morteretes”⁵⁵. Otros castillos que se erigieron y lanzaron en esas fiestas fueron el de la Diputación, desde su torre, y el de la plaza de Predicadores. El primero consistió en una única salida de cohetes, y fue tan intensa que nos recuerda en parte a la Nitd’Alba de Elche, donde se lanza la “Palmera de la Virgen” desde la torre de la Basílica de Santa María cada 13 de agosto. El castillo desde la plaza de Predicadores combinó cohetes convencionales con cohetes *gruesos* y bombas⁵⁶. Y cabe citar otros dos castillos pirotécnicos, el de la plaza del Mercado, a cargo de los trinitarios del Remedio, con tres tipos de artefactos pirotécnicos: cohetes ordinarios, cohetes gruesos y bombas, y el de los agustinos descalzos del convento de Santa Mónica, situado en la orilla izquierda del Turia, desde donde se lanzaron tres salidas de cohetes que “clarificaron toda la Ciudad” y pudieron escucharse las explosiones desde las zonas más alejadas del convento⁵⁷.

Otro motivo de demostración de júbilo colectivo, como hemos visto, es el de la canonización de algún santo local. Y eso es lo que sucedió con ocasión de la canonización de Santo Tomás de Villanueva. El 24 de marzo de 1659, el Consell acordó que la ciudad gastara 3.500 libras, que luego se aumentarían en 500 libras más, en las fiestas para celebrar esa buena nueva, en las que hubo varios castillos de fuegos de artificio coordinados por uno de los jurados, el ciudadano Juan Gil Vinyes, administrador de los trigos, quien obtendría un premio por su

⁵⁴ ORTÍ I BALLESTER, Marc Antoni: *Segundo centenario...*, pp. 223, 224, 230-231.

⁵⁵ ORTÍ I BALLESTER, Marc Antoni: *Segundo centenario...*, pp. 242-245.

⁵⁶ ORTÍ I BALLESTER, Marc Antoni: *Segundo centenario...*, pp. 252-254.

⁵⁷ ORTÍ I BALLESTER, Marc Antoni: *Segundo centenario...*, pp. 292-293.

diligente labor en la ejecución de esos festejos⁵⁸, quien seguramente fue el encargado de contratar, un mes después, a tres polvoristas: Juan Barricata, Vicent Pujol y Dionís Tabasca, quienes se comprometieron “a fer los fochs [...] en lo campanar de la Seu, cascuna nit per setanta tres Liures”⁵⁹, y recibieron 50 libras a cuenta⁶⁰. En la terraza del Miguelete se dispondría una estructura de madera para que contuviera cohetes de distinta invención. Entre ellos, dos grupos de *chispers*, de uno de ellos emanarían chorros de luz (blanca) y trueno, mientras que del otro, tan sólo de trueno. Junto a estos, también se dispararían cohetes de mano en la forma tradicional, con caña y mecha para su encendido. Las dieciséis ruedas de cinco cañones de luz cada una concuerdan con las ocho caras del octógono que forman la torre metropolitana, de tal forma que en cada cara se dispusieran dos ruedas que girarían con el impulso de los cañones de luz que llevarían fijados en su perímetro, lo cual daría al Miguelete una imagen nocturna y luminosa jamás vista. Y como colofón, las sesenta *plomalles*, que tal vez podrían interpretarse como plumadas (*plomades*) o como penachos, y en cualquiera de los dos casos, de sesenta cuerdas que se sujetarían desde la terraza y, de arriba abajo, se extenderían por todo el perímetro del campanario, llevando anudadas *llums* o luces. Por último, los pirotécnicos que estuvieran en la terraza disparando el castillo dispondrían de varios cohetes de diversos tipos que lanzarían al aire según los efectos y los tiempos y ritmos que quisieran lograr.

El castillo de fuegos que se disparó en la plaza del Mercado iba a ser diseñado por otro polvorista, Josep Castro, asistido por su oficial Josep Soriano y varios operarios –*fadrins*–. El primero percibió 150 L “per lo castell de invencions de fochs”, en el que disparó 200 *masclats*, y el segundo percibió 5 libras “per a sí y als demás fadrins que treballaren en dit castell”, y Pasqual Vinyes, 15 L por “las invencions de fochs que feu en dit castell”. Por último, el carpintero Josep Tortosa, encargado de instalar previamente una plataforma de madera sobre la

⁵⁸ AMV, *Querns*, B-111, 27-5-1659. Al verguero Benet Molins se le entregan 10 L, 10 d. por una arroba de confitura de *Sent Christòfol*, a razón de 7 sueldos la libra, que compró para entregársela al jurado Juan Gil Vinyes, en agradecimiento de “*dels treballs que ha sostengut en la disposició del fochs que se han fet en lo Micalet, torres de la Cassa de la Ciutat y en lo mercat en les festes de la canonisació del gloriós Sant Don Thomàs de Villanueva*”.

⁵⁹ AMV, *Querns*, B-111, 24-4-1659: “[...] *desparar en cada una de dites dos nits les invencions de fochs següents: Sis grosses de chispers, les tres de lums y trons, y les altres en tro, a rahó de 8 liures., 10 s. la grosa: 51 L. Micha grosa de diferents coets per a tenir en mà: 12 L. Setzerodes a cinc canons cascuna en les lums de canó a canó: 5 L. Seixanta plomalles en ses lums: 5 L. Suma: 146 L.*”

⁶⁰ AMV, *Querns*, B-111, 24-4-1659:

que se erigió el castillo pirotécnico, cobraría 15 L “per lo replá que feu en lo mercat per al castell de invencions de fochs”⁶¹. El mismo pirotécnico, Castro, también sería, finalmente, quien disparara el castillo de las torres de la Casa de la Ciudad, según se interpreta del anticipo de 100 libras que la ciudad le giró para tal efecto⁶².

Prueba de que los polvoristas, pese a que aún no se habían organizado como gremio, conocían bien su segundo oficio aunque oficialmente pertenecieran a otra corporación la dan los apuntes en las actas diversos pagos por esos castillos de fuegos a otros tres artificieros: a Pasqual Vinyes, 20 Libras “per les invencions dels fochs de lums ques feu en les torres de [la Casa de] la Ciutat”; a Vicent Pujol, “a compliment dels fochs que feu en lo Micalet” y a Joseph Castro “a compliment dels fochs que feu en les torres de [la Casa de] la Ciutat”⁶³. El caso más significativo es el del citado Pasqual Vinyes, perteneciente al gremio de *tapiners*, que aparece en la documentación como proveedor de material pirotécnico y como polvorista especializado en sofisticados castillos de fuegos. Uno de los pagos que le efectúa el Consell revela cuáles eran algunos de los materiales empleados en la fabricación de estos artefactos pirotécnicos: a finales de abril de 1659 se le da orden de pago por la adquisición de “doscents cartons de full y mig de marca major, trenta liures de pólvora comuna, altres tantes de pólvora misturada ab salitre, sofre y cánfora, huit feixos de canyes y deu liures de fil de Boleiga per a fer les invencions de foch en lo Micalet”⁶⁴.

Como observamos, la tradición de los grandes espectáculos pirotécnicos se había afianzado y perfeccionado hasta el punto de no hallar ningún gran acontecimiento que no tuviera su porción de pólvora festiva, como corrobora Valda en 1663, así lo corroboraba: “... la aplaudida estimación que en Valencia suele tener este tipo de festejos”. En su crónica de las fiestas con motivo del decreto del papa Alejandro VII a favor de la Inmaculada cita el lanzamiento de varios castillos. Uno de los castillos tuvo que trasladarse de emplazamiento, por motivo de seguridad y peligro de incendio de los patios y altares circunvecinos, y

⁶¹ AMV, *Querns*, B-111, 27-5-1659.

⁶² AMV, *Querns*, B-111, 14-4-1659.

⁶³ AMV, *Querns*, B-111, 15-5-1659.

⁶⁴ AMV, *Querns*, B-111, 28-4-1659.

dispararse desde el campanario de la iglesia de San Andrés⁶⁵, actual de San Juan de la Cruz. El castillo de fuegos que se disparó desde la torre del convento de San Francisco, lo describe otro cronista: “Babilonia parecía la Torre del Convento, pues la hazían horno los artificiales incendios de la pólvora que abrasavan el ayre para iluminar el Cielo”, y da cuenta de un espectáculo singular: la conjunción de las explosiones pirotécnicas con el repique de las campanas de la torre⁶⁶, circunstancia que se repite en las fiestas del traslado de la imagen de Nuestra Señora de los Desamparados a su nueva ubicación en la Basílica en 1667. En este caso también el lanzamiento pirotécnico se realizó desde “la superior cumbre del Micalete”⁶⁷, que parecía “un nuevo Etna [...] en la confusión de los truenos, y varias bien que concertadas lenguas de sus metales [campanas], Torre de Babilonia y pirámide de luz...” en un bello espectáculo que duró una hora⁶⁸.

PELIGROS Y PROHIBICIONES: borrachos por las calles

El peligro del uso de la pólvora y sus aditamentos para lograr efectos llamativos se constata también al analizar la documentación consultada. Cohetes, piulas y borrachos estaban al alcance de cualquier persona con tan sólo adquirirlos en alguna de las *botigues* de polvoristas, y era común su uso tanto para celebraciones familiares como por simple diversión, sobre todo cuando se celebraban actos públicos y festivos. Era habitual, al menos en los primeros años del siglo XVIII, escuchar en distintos puntos de la ciudad algún pregón de prohibición de disparar cohetes borrachos: Nicolás Felipe de Castellví, conde de Castellar y primer corregidor de Valencia tras la implantación de la Nova Planta borbónica, ordenó el 6 de octubre de 1707 que nadie “sea osado [...] disparar en estos días ni en el discurso del año cuetes que llaman borrachos por las calles de dicha ciudad, por haberse experimentado los grandes perjuicios que dellos se siguen”, con pena de treinta días para quien contraviniera la orden⁶⁹. Meses

⁶⁵ VALDA, Joan Baptista de: *Solenes fiestas que celebros Valencia a la Immaculada Concepcion de la Virgen Maria por el supremo decreto de N.S.S. Pontifice Alejandro VII*, Valencia, Jeroni Vilagrassa, 1663, p. 81.

⁶⁶ TORRE Y SEVIL, Francisco de la: *Luzes de la aurora, dias de sol, en fiestas de la que es sol de los dias y aurora de las luzes, Maria Santissima motiuadas por el nuevo indulto de Alexandro Septimo*, Valencia, Jeroni Vilagrassa, 1665, p. 66.

⁶⁷ TORRE Y SEVIL, Francisco de la: *Reales fiestas a la soberana imagen de la Virgen de los Desamparados de la ciudad de Valencia, en su translación a la nueva capilla mandadas celebrar por Mariana de Austria*, Valencia, Jeroni Vilagrassa, 1667, p. 50.

⁶⁸ TORRE Y SEVIL, Francisco de la: *Reales fiestas...*, pp. 50-51.

⁶⁹ AMV, *Pregons y crides*, XX-9, ff.104-104v (bando del 6 de octubre de 1710).

después, en víspera de las fiestas navideñas, se pregonó otro bando de prohibición de ciertos artificios en los días 5 y 6 de enero, en los que no se debía “disparar ni usar de cohetes de cualquiera calidad que sean piuletas ni otros artificios ni instrumentos de fuego. Y que tampoco en el día 6, al tiempo de la procesión, por ir la milagrosa y sacratísima imagen de Nuestra Señora de los Desamparados y podría desgraciarse, se pueda usar ni disparar género alguno de cohetes ni otro cualquier artificio de fuego baxo la misma pena”⁷⁰.

Las prohibiciones que se repiten en estos primeros momentos de la implantación del nuevo régimen borbónico denotan que se iba afianzando entre la población el uso personal, y muchas veces incontrolado, de cohetes, piulas y borrachos. Para evitar empañar las fiestas de tres noches de luminarias con que la ciudad del Turia celebró la toma de Tortosa en 1708, se prohibió disparar “ningún género de cuetes y otras invenciones de fuegos las tres noches de luminarias”, bajo penas de 3 libras y dos meses de cárcel, y el 8 de octubre del mismo año, por orden del gobernador de la ciudad, “ningún vecino, estante y habitante en ella sea osado a disparar coetes ni otros fuegos de pólvora que causan daño”⁷¹. Esta última fecha es relevante: la víspera del 9 de octubre, SantDonís, y dicha prohibición denota el tradicional uso, a veces descontrolado, de piulas y *tronadors*, como también los buscapiés y borrachos, lo que dará pie a una nueva tradición que así se tiene por veraz, aunque de momento no haya sido confirmada por estudios documentales: la de los dulces de mazapán denominados *piuletes i tronadors* por el gremio de pasteleros.

LA VÍSPERA DE SANT DONÍS: memoria de la Conquista

Un buen momento para evaluar el perfeccionamiento de la pirotecnia valenciana es con ocasión de las fiestas que la ciudad programó con motivo de la celebración del quinto centenario de la conquista cristiana. Se programaron las tradicionales luminarias para las noches de 8, 9 y 10 de octubre de 1738 y un gran concurso de fuegos artificiales para la noche del día 8, víspera de Sant Donís, como se anunciaba en el pregón: “[...] tendrá dispuesto en las Torres de

⁷⁰ AMV, *Pregons y crides*, XX-9. F. 159, 23-12-1710.

⁷¹ AMV, *Pregons y crides*, XX-9, ff. 129v-130, 8-10-1708.

sus Casas Capitulares un sumptuoso Castillo de fuego con la demás iluminación y que haga sobresalir el adorno de dichas Casas”, disposición que se acompañaba con la de la prohibición del disparo de cohetes a discreción en la plaza del Mercado, a punto de convertirse en coso taurino, por motivos de seguridad pública y para el buen desarrollo de las corridas de toros⁷².

La noche de la víspera de Sant Donís era, tradicionalmente, una noche de fuegos artificiales. Todos los años se venía haciendo así, como relata Ortí –“la vemos practicada todos los años semejante día”–, como reflejo de una supuesta memoria de la Conquista en la que afirma que Jaime I ordenó el lanzamiento de fuegos artificiales en respuesta a otros que lanzaron los musulmanes desde Valencia en señal de alegría por el socorro que le proporcionaban unas galeras tunecinas, “de cuyo suceso trae origen el estilo que quedo en Valencia de disparar todos los años en la noche de la víspera de San Dionisio semejantes fuegos”⁷³, interpretación muy libre de lo que se narra en el capítulo 264 del *Llibre dels Feits*, donde tan sólo se cita *alimares de foc* (luminarias) y *falles* (hogueras). Con todo, sirve esta explicación de Ortí para darnos cuenta de que los espectáculos pirotécnicos son en gran parte una evolución de las tradicionales luminarias de celebración, como venimos afirmando.

El primer castillo, a cargo del polvorista Manuel Bella, fue disparado desde la torre más cercana a la Generalitat, y en él los valencianos apreciaron diversos cohetes “que la mitad eran truenos y la otra mitad luces”, e invenciones tales geniales para la época como “unos cohetes que por tres veces se apagaron y se volvieron a encender en el ayre”, u otros que “después de disparados, surtían de ellos varias salidas y diversidad de luces”. El remate final consistió en un “disparo muy copioso de cohetes gordos, con muchos truenos, chispería y luces”. Sin dilación, se encendió el segundo castillo, diseñado por el pirotécnico Juan Bautista Aguilar, que fue tan similar al anterior que mereció la misma aclamación del público, hasta el punto de que el concurso pirotécnico quedó en empate y el

⁷² ORTÍ Y MAYOR, José Vicente: *Fiestas centenarias, con que la insigne, noble, leal, y coronada ciudad de Valencia celebrò en el día 9 de Octubre de 1738. La quinta centuria de su christiana conquista*, Antonio Bordázar, Valencia, 1740, pp. 36-37.

⁷³ ORTÍ Y MAYOR, José Vicente: *Fiestas centenarias...*, pp. 246-247.

Ayuntamiento decidió repartir el premio anunciado entre ambos artistas del fuego⁷⁴.

TERCER CENTENARIO DE LA CANONIZACIÓN DE SAN VICENTE: “Pudo decir el sol: en Valencia no hago falta”

Ya iniciada la segunda mitad del siglo XVIII, serán las fiestas de celebración del Tercer Centenario de la canonización de San Vicente Ferrer, a comienzos del verano de 1755, las que darían luz, y también color, al cielo valenciano a través de la pirotecnia. Las luminarias que se dispusieron para la excepcional ocasión iban a ser unas de las más grandes y bellas de la historia de la ciudad: “[...] en las Torres, balcones, rejas y ventanas, un Cielo lleno de luzes”⁷⁵; “[...] vendrá la noche en que se empezarán las luminarias por toda la Ciudad, que una vez encendidas parecerá no haberse puesto el sol, porque todos sus vecinos se esmerarán en que sean las suyas las más lucidas i escensivas, especialmente el Convento de Santo Domingo [en el] que habrá (según se sabe) más de cien mil”⁷⁶; “[...] se pasó de la vigilia al día sin más distancia que el transcurso de las horas con luz refulgente, y clara, que pudo decir el Sol: en Valencia no hago falta”⁷⁷.

Pero lo que destaca sobremanera son los castillos de fuegos artificiales. El castillo de mayor envergadura e ingenio fue el diseñado, construido y decorado por Carlos Francia, y disparado en la noche del domingo, 28 de junio. Los gastos, cuyo importe de 1.700 pesos (unos 13.600 reales) corrían a cargo del acaudalado gremio de Terciopeleros (antiguamente *Velluters*)⁷⁸. Situado en la Plaza de Santo Domingo, el castillo consistía en una estructura realizada con bastidores de madera que tenía una alzada de poco más de 18 metros (80

⁷⁴ ORTÍ Y MAYOR, José Vicente: *Fiestas centenarias...*, pp. 248-250.

⁷⁵ Breve resumen de las memorables Fiestas que la muy Ilustre, y siempre Leal Ciudad de Valencia ha celebrado en obsequio de la tercer Centuria de la Canonización de su Hijo, Ahijado, Patrón, Padre, Apóstol, y Profeta, San Vicente Ferrer, que se empezaron Sábado veinte y ocho de Junio del año 1755, siendo el Domingo día veinte y nueve del dicho el festivo día de la Solemne Procesión, donde manifestó esta Ciudad su grande zelo, y amor, Valencia, 1755.

⁷⁶ Noticia de las funciones públicas que están dispuestas en los días del Novenario de las próximas fiestas que se han de celebrar por [...] Tercer centenario de la Canonización de nuestro Patrono y Patricio San Vicente Ferrer, Valencia, viuda de Antonio Bordazar de Artazu, 1755.

⁷⁷ Breve resumen...

⁷⁸ Breve relación de lo que se sabe se egecutará en la Ciudad de Valencia al presente año 1755 en la celebridad de las fiestas, por memoria de la tercera centuria, de la canonización de su Patrón Apóstol Valenciano S. Vicente Ferrer.

palmas), más que algunos edificios de siete alturas. El monumento efímero estaba dispuesto en cinco pisos, de tal forma que el primero, formado por treinta y dos bastidores de nueve palmas de altura (2,04 m), soportaba el peso del segundo, de dieciséis bastidores, al que se le superponían ensamblados tres más, formados por dieciséis, ocho y cuatro bastidores, respectivamente. La estructura lignaria quedaba rematada por una Custodia y, por encima de ella, una pirámide que servía de base a un sol “que tal debía ser donde las noches eran días”.

Este castillo disponía de numerosos elementos pirotécnicos junto a otros motivos artísticos y religiosos salidos de la mano de Carlos Francia, entre los que destacan alusiones a la Virgen María, a San Vicente Ferrer y al “Arte Mayor de la Seda”, grabado en letras de oro. Como elementos de fuego se dispusieron varias filas de piezas artilleras, “árboles de fuego, compuestos a la italiana, una fuente de fuego azul”⁷⁹, que bien pudiera ser una cascada formada por chispas azules que se forman añadiendo a la pólvora limaduras de zinc, salitre y azufre⁸⁰, “y luzes claras”, que podría interpretarse como fuego de color blanco, flanqueada por dos estructuras con diversas ramas o brazos que expelían fuego continuo hasta que se agotara la mixtura de pólvora que lo alimentaba. En el tercer cuerpo se dispusieron cuatro “cipreses de fuego” y cuatro “jarrones de luz”, que expelían su carga pirotécnica con mayor brío los primeros, y con más luminosidad los segundos. El castillo de fuegos artificiales era un monumento efímero digno de admiración antes de su destrucción por el fuego al caer la noche, y en palabras del padre Serrano, “la fábrica más hermosa que puede idear el arte”⁸¹.

En los nueve días que duraron las fiestas de la celebración del tercer centenario de la canonización del patrón valenciano se dispararon muchos castillos, unos sufragados por el Ayuntamiento y otros por particulares, de los que cabe destacar el del campanario de San Esteban “sobre el nuevo remate de la Torre”⁸², y el de las “dos Torres de las Casas-capitulares”, si bien se constata que tan sólo se instaló un castillo en una de ellas, espectáculo que destacó por el uso de “cohetes de cuerda con diferentes invenciones”, como la cuerda dispuesta

⁷⁹ M. VERGNAUD (traducción de FRANCO DE LA SELVA, Lucio): *Manual elemental de pirotecnia civil y militar, o Arte del Polvorista*, Madrid, 1841 (facsimil: Editorial Maxtor, 2009), p. 197.

⁸⁰ Composición del fuego azul: 16 partes de polvorín, 8 de salitre, 12 de azufre y 12 de limadura de zinc. *Ibidem*.

⁸¹ SERRANO, Tomás: *Fiestas seculares...*, pp. 329-331.

⁸² SERRANO, Tomás: *Fiestas seculares...*, pp. 425-426..

entre el Miguelete y la *torre de fuego* del Ayuntamiento, por la que descendía un burlote, es decir, un ingenio pirotécnico disfrazado tal vez de caballero, que al alcanzar su destino sirvió como detonante del castillo de fuegos instalado en la torre, que duraría media hora y en el que abundaron los cohetes culebrinas y las fuentes de luz⁸³. En el programa de actos se indica que “después se dará principio a otro que está prevenido en la Torre Campanario de Santo Domingo, construido a sus expensas; y con esto se dará fin a las funciones de esta noche”⁸⁴.

Los fuegos artificiales también estuvieron presentes en la procesión general del domingo, en la que los pescadores idearon una naumaquia con sus barcas rodadas decoradas como “Fragatas armadas: una de Moros y otra de Christianos”. El oficio de curtidores, empleando el mismo sistema e idéntico motivo, la lucha entre musulmanes y cristianos. Este tipo de espectáculos en el que ambas religiones luchan hasta que vence la cruzada, eran muy del agrado del público. No en vano, anualmente se celebraba todavía la victoria contra *lo gran Turch* en la Batalla de Lepanto desde que fuera instaurada una procesión de gracias por el entonces arzobispo Juan de Ribera. La procesión discurría desde la catedral hasta el convento del Remedio⁸⁵.

Otros castillos fueron disparados en esas fiestas, como sufragado por los Caballeros de la Celda, en el que “las invenciones fueron muchas, y de singular idea”⁸⁶, el lanzado desde el campanario de San Esteban⁸⁷, el que pagó Francisco Espejo, administrador de las Aduanas Reales, con “mil invenciones de fuegos de cuerda”, naumaquia seca e ignición de “diferentes árboles” de fuego⁸⁸ y los lazados desde el campanario de San Martín y desde la nueva torre de *Santa Catarina Mártir* (Santa Catalina)⁸⁹, estos dos últimos aplazados por las intensas lluvias⁹⁰. De entre ellos cabe subrayar el de San Esteban, que produjo un espectáculo singular, pues el cielo estaba cubierto (y por ello más oscuro), y las nubes

⁸³Breve resumen...

⁸⁴Noticia de las funciones públicas que están dispuestas en los días del Novenario de las próximas fiestas que se han de celebrar en esta Ciudad de Valencia por ... Tercer centenario de la Canonización de nuestro Patrono, Valencia, Viuda de Antonio Bordazar, 1755.

⁸⁵ AMV, *Pregons y crides*, XX-9, ff. 48v-49v.

⁸⁶ SERRANO, Tomás: *Fiestas seculares...*, p. 333.

⁸⁷Noticia de las funciones...; Breve resumen...

⁸⁸ SERRANO, Tomás: *Fiestas seculares...*, pp. 395-397.

⁸⁹Noticia de las funciones...

⁹⁰ SERRANO, Tomás: *Fiestas seculares...*, p. 397.

lanzaban rayos y relámpagos al tiempo que los polvoristas disparaban hacia ellas sus ingeniosos artificios, creándose con ello una especie de batalla entre el cielo y la tierra.

LA NAUMAQUIA DEL TURIA: luminarias y fuegos de artificio acuáticos

Sería difícil encontrar otro espectáculo en el que se sumaran en un mismo escenario amplio toda una serie de variedades luminarias y fuegos de artificio, junto a batallas navales entre moros y cristianos, música, juegos y obras teatrales como el que se representó los días 12 y 13 de julio de 1755. Tanto el escenario elegido, un lago artificial en el cauce inundado del río Turia, como el tipo de espectáculo público, una naumaquia, es decir, un simulacro de batalla naval, fueron ideados por Manuel de Marmanillo⁹¹ como respuesta a la negativa de la Corte a autorizar un espectáculo de tauromaquia⁹² como plato fuerte de las fiestas del tricentenario de San Vicente.

En un alarde de ingeniería, días antes el gremio de carpinteros había levantado un dique con tablones de madera bajo los ojos del puente del Real hasta el punto de que se formó una pequeña presa de cierta profundidad, aunque sin que quedaran los arcos del puente cegados, dado que lago se aliviaba por encima del dique para evitar que éste se reventara por la presión⁹³. A ambos lados del puente se fabricó un volcán, “el Vesubio”, destinado a lanzar al aire “sordos truenos y flamantes rayos”⁹⁴, y un monte “el Parnaso”, que tenía como finalidad teatral lanzar al aire y por sus faldas chorros de agua, si bien no se pudo poner en uso debido a que la máquina hidráulica destinada a tal efecto no estuvo preparada a tiempo⁹⁵. A corta distancia del volcán, un castillo dotado de “artillería fuerte” al que las crónicas denominan baluarte⁹⁶.

En este caso, las luminarias, además de servir como elemento estético destinado a realzar la belleza de las vías y edificios públicos, tenían como función

⁹¹ Manuel Fernández de Marmanillo Ramírez de la Piscina ostentaba en ese momento el cargo de procurador general de la ciudad, y en 1762 desempeñaba el cargo de alguacil mayor de la Santa Inquisición y capitán general de la Compañía de sus familiares. Véase: SERRANO, Tomás: *Fiestas seculares...*, p. 7.

⁹² MÍNGUEZ CORNELLES, Víctor: “La naumaquia del Turia de 1755: un hito en el espectáculo del barroco valenciano”. En: *Millars. Geografía i història*, 12, 1988-1989, págs. 55-69.

⁹³ EXPÓSITO NAVARRO, Luis Manuel: *La ciudad de Valencia...*, p. 30.

⁹⁴ SERRANO, Tomás: *Fiestas seculares...*, p. 416.

⁹⁵ MÍNGUEZ CORNELLES, Víctor: “La naumaquia...”; EXPÓSITO NAVARRO, Luis Manuel: *La ciudad de Valencia...*, p. 30.

⁹⁶ SERRANO, Tomás: *Fiestas seculares...*, p. 413.

principal la de iluminar el gran espectáculo barroco que se iba a desarrollar en aquel lago rectangular que tenía por límites los puentes del Real y de la Trinidad, y los pretilos del río. Los cuatro lados de aquel perímetro de 1.300 metros estaban ocupados por tablados en los que se dispusieron gradas, barandas y toldos para que se instalara allí el numeroso público. La iluminación estaba distribuida en tres líneas paralelas de globos, hachas y pirámides⁹⁷, así como guirnaldas de luz formadas por 6.000 caracolillos⁹⁸. Por encima de estas tres líneas de luminarias, sobresalían otras que se adaptaban a la estructura urbana y a la efímera platea en que se había convertido aquel espacio. La muralla, también iluminada con pirámides y faroles en las almenas servía, junto con edificios y torres de la ciudad, como telón de fondo,. La iluminación también alcanzaba al colegio de San Pio V y las casas particulares, como la del conde de Carlet, y otros edificios, como la Torre del Temple⁹⁹.

El gran espectáculo piromusical, naval y teatral a la vez, se repitió dos tardes-noches, aunque con algunas diferencias. Tras la diurna batalla naval entre embarcaciones de “moros y cristianos” en las que vencían estos últimos gracias a la ayuda de San Vicente Ferrer en forma de Ángel del Apocalipsis, al anochecer se encendieron las luminarias y entraron en el lago cincuenta barquillas, dos hachas cada una, que se distribuyeron por el perímetro lacustre para iluminar las aguas y las escenas de la función teatral. Dos barcas grandes, iluminadas con fanales de cristal, penetran también en el estanque con veinte músicos cada una y comienzan a navegar mientras suenan sus instrumentos, al tiempo que desde el Vesubio se simulaban explosiones aéreas y ríos de lava.

A las 10 de la noche, una plataforma cuadrada, lignaria y flotante, sobre la que se había levantado un castillo con torreones y varios pisos, fue remolcada por dos barcas hasta el centro del estanque¹⁰⁰. Antes de pegarle fuego al castillo, se dispararon doce cohetes, cada uno con distintos efectos de luz y forma. A cada explosión respondía el baluarte con un cañonazo, y a éste, contestaban las

⁹⁷ SERRANO, Tomás: *Fiestas seculares...*, pp. 415-416.

⁹⁸ SERRANO, Tomás: *Fiestas seculares...*, p. 409.

⁹⁹ SERRANO, Tomás: *Fiestas seculares...*, pp. 401-402.

¹⁰⁰ La plataforma del Castillo fue arrastrada por barcas hacia el centro del estanque hecho teatro, “venía hacia el centro del Teatro fluctuante un Castillo, que fue abortido de inmensa munición de fuegos varios” (SERRANO, Tomás: *Fiestas seculares*, p. 416.

dos orquestas con unas notas musicales de sus clarines. Acto seguido, se disparó el castillo en el centro del lago, y su luz, que ascendía y bajaba en medio de todo el perímetro de luminarias, formaba otro castillo reflejado en las aguas calmadas. Como colofón, fueron arrojados al aire cuantiosos voladores que “le poblaron de estrellas, corona de la iluminación del río”¹⁰¹. Poco después, tras cesar el diálogo entre el fuego y la música, aparecieron dos barcos, un navío “cristiano” de armamento de ochenta pequeños cañones y una galeota “mora” con otros sesenta, todos ellos cargados con “cohetes de varilla” en lugar de con balas. Se inició la naumaquia entre ambas escuadras lanzando los cohetes a ras del agua, lo que resultaba muy vistoso debido al reflejo en el espejo del lago, al mismo tiempo que entre ambas marinas se dispararon al aire “infinitas salidas de voladores”. La batalla finalizó cuando el navío lanzó carga cerrada de cohetes y varias salvas en señal de victoria¹⁰².

Los fuegos de cuerda iban a ser lo más destacable de la siguiente noche. La vistosidad de esta variante pirotécnica quedó patente en la crónica de Serrano: “No corrió cohete alguno por la cuerda que no se tuviese por el mejor, y [...] muchos de ellos llevaban en sí un Castillo de fuegos, que suspendían a menudo su carrera, y a cada pausa se iluminaban, disparaban truenos, arrojaban bombas de luz a todas partes y muchos boladores al ayre [...]”, y destaca el último “pues al llegar al medio de la cuerda, suspendió el curso, y desplegó a la idea en un lienzo de dos caras la Imagen de San Vicente alumbrada de cuatro luces”. Instantes después, se volvió a plegar el lienzo y prosiguió el ingenio pirotécnico su camino por la cuerda hasta la otra orilla. A su regreso por la misma cuerda, hizo un alto en el mismo lugar para desplegar otro lienzo con el “Escudo de Armas de la Ilustre Ciudad entre cuatro luces” o sendos faroles colgantes hasta que volvió a plegarse y regresó al punto de partida¹⁰³.

Los fuegos artificiales que se dispararon la segunda noche desde el castillo instalado en medio del lago, Serrano los describe “en forma de un frondoso árbol de oro, que al mismo tiempo que elevaba al ayre sus resplandecientes ramos, y hojas, se poblaba de flores, echaba hondas raíces en el Lago, que a

¹⁰¹ SERRANO, Tomás: *Fiestas seculares*, pp. 405-406.

¹⁰² SERRANO, Tomás: *Fiestas seculares*, pp. 408-409.

¹⁰³ SERRANO, Tomás: *Fiestas seculares*, pp. 407.

manera de sierpes de azofar baxaban culebreando por las aguas”¹⁰⁴. No fueron las últimas novedades pirotécnicas, pues, de manera sorprendente, la congregación de religiosas franciscanas del Convento de la Santísima Trinidad, situado a escasos metros de un vértice del escenario, iba a sufragar un espectáculo pirotécnico que se había guardado para el final de esta naumaquia, como colofón de las fiestas vicentinas. En vista de la profusión de castillos que se habían lanzado en esos días en una especie de competición en la que se valoraba el prestigio de las comunidades del clero en función del lujo de sus luminarias y fuegos de artificio, las monjas franciscanas decidieron dar “no poca envidia a las demás religiosas de la ciudad”. Para ello, contrataron con un maestro polvorista la ejecución y el disparo de un “castillo de fuego” que tuviera “tan diferentes colores” que causara asombro y admiración. Y fue de tal calibre la novedad de usar fuegos artificiales de colores que “parece tomaron por su cuenta texerles guirnalda de flores a los juegos del agua” anteriores¹⁰⁵. Aprovechando el propio reflejo del lago y la vecindad del patio del claustro al escenario, se lanzó un castillo de fuegos en los que las luces ígneas de diferentes colores lo convierten, probablemente, en el primer castillo de fuegos de esas características, dado que en los manuales de pirotecnia consultados se afirma que los colores se fueron obteniendo a lo largo del siglo XIX en función de la adición de determinadas sales y otros compuestos a la mixtura de pólvora, con la adición de azufre y salitre, alcanfor y otros aditivos habituales.

LA PROHIBICIÓN DE CARLOS III: del trueno al sereno

Carlos III firmó el 15 de octubre de 1771 la Real Cédula¹⁰⁶ de prohibición de uso de todo tipo de armas de fuego y de artificios pirotécnicos en todas las poblaciones de los reinos bajo su mandato. En Valencia se publicó el 22 de noviembre del mismo año. En la cédula se aclara que la prohibición de “que ningún cohetero de esta Corte [Madrid] fabricasse, vendiesse, tirasse ni disparasse fuegos en ninguna fiesta particular [...] a excepción de las Fiestas Reales de

¹⁰⁴ SERRANO, Tomás: *Fiestas seculares*, pp. 407.

¹⁰⁵ SERRANO, Tomás: *Fiestas seculares*, p. 409.

¹⁰⁶ *Real Cédula de su Magestad, y señores del Consejo, por al qual se prohíbe en todos los pueblos de estos reynos la fábrica, venta, y uso de fuegos, y que no se pueda tirar, o disparar, Arcabuz, o Escopeta, cargada con munición, o sin ella, aunque sea con pólvora sola, dentro de los pueblos, Madrid, 1771.*

Fuegos” fue sancionada en 1636 por primera vez, confirmada en 1693 y ampliada en 1744¹⁰⁷. El principal motivo que se aduce en ella es el grave peligro de incendios en casas y edificios a consecuencia de la caída accidental de algún artefacto pirotécnico encendido. La medida, que afectaba tan sólo a Madrid, fue extendida por el rey a todas las provincias. Y no sólo quedaban advertidos los coheteros, sino también cualquiera que disparara cohetes, arcabuces o escopetas dentro de las poblaciones. La ley comportaba de hecho tanto el final de los espectáculos pirotécnicos públicos y privados como la extinción del oficio de polvorista. Y es este hecho, que causó un grave perjuicio económico, social y familiar a los numerosos pirotécnicos valencianos, el que llevó, seis años después, a que el Ayuntamiento, a propuesta de Joaquín Manuel Fos, creara el oficio de serenos en 1777.

Y prueba fehaciente de que la prohibición regia se llevó a rajatabla es el escaso empleo de fuegos de artificio en los grandes espectáculos que con ocasión de la beatificación de Patriarca Juan de Ribera se celebraron en Valencia del 5 al 7 de noviembre de 1796 y del 26 al 28 de agosto de 1797. Si en las fiestas de 1796 tan sólo se encendieron miles de luminarias, en las de 1797, aunque no se dispararon invenciones de artificio sí que se emplearon, seguramente con permiso real, “cañones que hacían continuo fuego” en el castillo de tres cuerpos y tres torreones que el Colegio de Cordoneros construyó en la plaza del Mercado, y “cañones que disparaban sin cesar” en los barcos y fortines que había cerca del enorme Coloso de Rodas, de setenta palmos de altura (15,82 metros) incluidos los dos montes sobre los que asentaba sus pies, que el Gremio de Especieros había mandado erigir en medio de dicha plaza, escenario que sirvió para simular batallas navales, con cañoneo y disparo de mosquetes entre las dos fragatas del Gremio de Pescadores y otras dos del Gremio de Curtidores que “navegaban” entre las dos piernas del Coloso y los fortines de las dos montañas. Del mismo modo, edificaron castillos el Gremio de Atuneros (calle Nueva), con cañones manipulados por los artilleros de la Marina, y el edificado por los Maestros de Coches en la plaza de Santo Domingo, dotado también de artillería y en el que se representó una batalla que tenía por oponentes las dos fragatas

¹⁰⁷*Novísima Recopilación de las Leyes de España*, Libro VI-VII, Leyes III, IV y V, pp. 384-385.

del Gremio de Curtidores, una de moros y otra de cristianos, que tuvieron un papel destacado en el asalto al castillo por los primeros y en su reconquista por los segundos¹⁰⁸, no sin la ayuda del león de Torreblanca, episodio del que se cumplía entonces el cuarto centenario¹⁰⁹.

¹⁰⁸ Editor del Diario de Valencia: *Relación de las festivas demostraciones con que la ciudad de Valencia celebró la beatificación de su dignísimo arzobispo, virrey y capitán general el beato Juan de Ribera, Patriarca de Antioquía*, Valencia, Diario de Valencia, 1797.

¹⁰⁹*Verídica relación que manifiesta el memorable naval Triunfo de los Curtidores contra Argelinos Piratas*, Valencia, Imprenta de Miguel Esteban y Cervera, 1797.